

Las altas montañas de Portugal

Yann Martel

«Cautivador. Martel tiene una capacidad ilimitada para la parábola.»

The New Yorker



Traducción
Julia Osuna Aguilar

LAS ALTAS MONTAÑAS DE PORTUGAL

YANN MARTEL

LAS ALTAS MONTAÑAS
DE PORTUGAL

TRADUCCIÓN DE JULIA OSUNA AGUILAR

OSRAM

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

*Para Alice, Theo, Lola, Felix y Jasper:
la historia de mi vida.*

PRIMERA PARTE

SIN CASA

Tomás decide ir andando.

Desde su modesto piso de la Rua São Miguel en el malfamado barrio de Alfama hasta el palaciego palacete de su tío en la adinerada y ajardinada Lapa hay un buen paseo por casi toda Lisboa. Puede tardar fácilmente una hora. Pero la mañana ha irrumpido soleada y tibia y la caminata le calmará los nervios. Además, sólo tiene que llevarse a sí mismo porque Sabio, un criado de su tío, pasó ayer a recoger su maleta y el baúl de madera que contiene los documentos necesarios para su misión en las Altas Montañas de Portugal.

Se palpa el bolsillo superior de la chaqueta. Tiene allí el diario del padre Ulisses envuelto en un paño. Ha sido un necio al llevarlo encima con tanta ligereza. Perderlo sería una catástrofe. Si tuviera una pizca de sensatez, lo habría dejado en el baúl, pero esa mañana necesita una dosis complementaria de apoyo moral, como siempre que va a casa de su tío.

Pese al nerviosismo, recuerda que debe prescindir de su bastón habitual y coger el que le regaló su tío. El puño es de marfil y la caña de caoba africana, pero lo más insólito es el espejito redondo que sobresale a un lado, justo por debajo del mango. Es ligeramente convexo, de modo que la imagen que refleja es muy ancha. En cualquier caso, ese espejito no tiene utilidad alguna, se trata de una idea fallida, pues, por naturaleza, un bastón está en movimiento constante cuando se usa y, en consecuencia, la imagen que refleja el espejo será demasiado temblorosa y fugaz para ser de provecho. Pero ese vistoso bastón es un regalo hecho de encargo y Tomás lo lleva siempre que visita a su tío.

Baja por la Rua São Miguel hasta el Largo São Miguel, sigue luego por la Rua de São João da Praça y dobla entonces por Arco de Jesus: el apacible callejeo del viandante que atraviesa una ciudad que conoce de toda la vida, una ciudad de belleza y bullicio, comercio y cultura, desafíos y recompensas. Al pasar por el arco, lo asalta el recuerdo de Dora, que sonrío y alarga una mano para tocarlo. El bastón le es entonces de gran ayuda porque esas evocaciones siempre lo desequilibran.

—Me he echado un novio rico —le dijo ella en cierta ocasión, ambos tendidos en la cama de su piso.

—Mucho me temo que no —le contestó él—. El rico es mi tío. Yo sólo soy el hijo pobre de su hermano pobre. Mi padre fue tan desafortunado en los negocios como afortunado ha sido el tío Martim, justo en la proporción inversa.

Nunca lo había comentado con nadie ni había hablado tan abierta y francamente de la accidentada trayectoria de su padre, de esos planes empresariales que se desmoronaban uno tras otro dejándolo cada vez más endeudado con su hermano, ese hermano que siempre acudía al rescate. Pero a Dora podía revelarle ese tipo de cosas.

—¡Bah! Eso es lo que tú dices, pero los ricos siempre tienen guardadas secretas llenas de dinero.

Tomás rio.

—¿Tú crees? Nunca me ha parecido que mi tío se muestre reservado respecto a su fortuna, pero si es verdad, si tan rico soy, ¿por qué no te casas conmigo?

La gente lo mira al pasar. Algunos le hacen comentarios, con sorna los menos, la mayoría con buenas intenciones.

—¡Cuidado, no vaya a tropezar! —le dice preocupada una mujer.

Está acostumbrado a llamar la atención; más allá de un cabeceo sonriente para los bienintencionados, él se desentiende.

Paso a paso, va abriéndose camino hacia Lapa, con ágiles zancadas, pie que levanta en alto, pie que baja con aplomo. Unos andares gráciles.

Pisa una monda de naranja, pero no resbala.

No repara en un perro dormido, pero el tacón logra esquivar la cola en el último momento.

Tropeiza al bajar por una escalera en curva, pero, como va agarrado a la barandilla, no le cuesta recobrar el equilibrio.

Y otros percances menores por el estilo.

A Dora se le borró la sonrisa cuando él le habló de matrimonio. Así era ella: pasaba del desenfado a la seriedad más absoluta en cuestión de segundos.

—No, tu familia te repudiaría. La familia lo es todo, no puedes darles la espalda a los tuyos.

—Mi familia eres tú —contestó él mirándola a los ojos; Dora sacudió la cabeza.

—No, no es verdad.

Sus ojos, aliviados en gran medida de la carga que supone dirigir sus pasos, se relajan en las cuencas como dos pasajeros echados en las tumbonas de popa de un barco. En lugar de inspeccionar continuamente el terreno, lo contemplan todo como si se tratara de una ensoñación. Advierten las formas de las nubes y los árboles. Siguen veloces a los pájaros. Se fijan en cómo resopla un caballo que tira de una carreta. Observan detalles arquitectónicos en los que no habían reparado antes. Observan el bullicio del tráfico por la Rua Cais de Santarém. Después de todo, debería ser una delicia pasear en esta agradable mañana de finales de diciembre de 1904.

Dora, la hermosa Dora. Servía de criada en casa de su tío. Tómase ya se fijó en ella en la primera visita que hizo después de que la contrataran. Le costaba horrores quitarle los ojos de encima, sacársela de la cabeza. Se esforzaba en mostrarse especialmente cortés con ella o en trabar breves conversaciones

sobre una cuestión menor tras otra. Aquello le permitía seguir mirando su delicada nariz, sus brillantes ojos castaños, sus dientecitos blancos, su forma de moverse. De la noche a la mañana se convirtió en un visitante asiduo. Recuerda con exactitud el momento en que Dora comprendió que no le hablaba como criada, sino como mujer. Sus ojos alzaron el vuelo en busca de los suyos, sus miradas se cruzaron por un instante y entonces ella dio media vuelta... pero no sin antes arquear una comisura de los labios en una sonrisa cómplice y fugaz.

Sintió entonces que algo grande se desataba en su interior y las barreras de clase, de posición social, de lo totalmente improbable e inadmisibles se volatilizaron. En la siguiente visita, al darle su abrigo, sus manos se rozaron y ambos se recrearon en aquella caricia. A partir de ahí los acontecimientos se precipitaron. Hasta la fecha sólo había tenido relaciones íntimas con un puñado de prostitutas, encuentros que se iniciaban con una tremenda excitación y acababan con una tremenda desolación. Siempre salía huyendo, avergonzado de sí mismo y jurando no volver a caer. Con Dora, en cambio, sentía una tremenda excitación que acababa con una tremenda excitación. Ella, apoyada la cabeza sobre él, jugueteaba con el poblado vello de su pecho. Tomás no sentía el más mínimo deseo de huir.

—Cásate conmigo, cástate conmigo —le rogó—. Yo seré tu fortuna y tú la mía.

—No, sólo conseguiríamos ser pobres y vivir marginados. Tú no sabes lo que es, pero yo sí y no quiero que pases por eso.

El pequeño Gaspar nació en medio de ese *impasse* amoroso. Si no hubiese sido por los enérgicos ruegos de Tomás, a Dora la habrían despedido nada más descubrirse que estaba embarazada. El único que lo apoyó fue su padre, que lo animó a vivir su amor por Dora, pero no así su tío, cuyo silencio delataba que todo aquello era una deshonra para la familia. A ella la relegaron a tareas invisibles en las profundidades de la cocina. Gaspar

vivió en el hogar de los Lobo con la misma invisibilidad, amado en la invisibilidad por su padre, que a su vez amaba en la invisibilidad a su madre.

Tomás los visitaba todo lo que el decoro permitía. Los días que libraba, Dora llevaba a Gaspar a Alfama. Iban los tres al parque y ellos dos se sentaban en un banco y veían jugar al crío. Esos días eran como cualquier pareja normal y corriente. Él estaba enamorado y feliz.

Al pasar por una parada, ve subir un tranvía traqueteando en sus raíles, un novedoso transporte de apenas tres años de antigüedad, eléctrico y pintado de un amarillo reluciente. Trabajadores de las afueras corren para montarse mientras otros trabajadores se apresuran a apearse. Los esquiva a todos... salvo a uno, con el que choca. Tras una interacción rápida en la que se intercambian y aceptan disculpas, prosigue la marcha.

Hay varios adoquines levantados en la acera, pero los sorteas con soltura.

Choca con la pata de la silla de un café. Un golpe de nada.

La muerte se llevó a Dora y Gaspar con un golpe implacable tras otro mientras el médico al que había llamado su tío desplegaba en vano su saber. Al principio, garganta irritada y cansancio, luego fiebre, escalofríos, molestias, dolor al tragar, respiración laboriosa, convulsiones, una enajenación mental de ojos desorbitados y ahogos... hasta que se rindieron, sus cuerpos tan grises, retorcidos y tiesos como las sábanas en las que se habían revuelto. No se apartó de su lado ni un instante. Gaspar tenía cinco años y Dora veinticuatro.

De la muerte de su padre a los pocos días no fue testigo. Estaba en la sala de música de la mansión de los Lobo, en silencio pese la compañía de un primo suyo, petrificado por el duelo, cuando su tío entró con cara lúgubre.

—Tomás —le dijo—, te traigo una noticia nefasta. Silvestro... tu padre, ha muerto. He perdido a mi único hermano.

Aunque aquellas palabras eran meros sonidos en sus oídos, Tomás sintió un aplastamiento físico, como si le hubiera caído encima un gran peñasco, y rompió en lamentos de animal herido. ¡Su padre, ese oso adorable! ¡El hombre que lo había criado y le había permitido soñar!

En el transcurso de una semana —Gaspar murió un lunes, Dora ese mismo jueves y su padre el domingo—, el corazón se le deshizo como un capullo que se abre. Pero no salió de él mariposa alguna, sino una polilla gris que se afincó en la muralla de su alma y no volvió a aletear.

Hubo dos funerales: uno humilde por una criada de provincias y su hijo ilegítimo y otro fastuoso por el hermano pobre de un rico cuyo fracaso material tuvieron la discreción de no mencionar.

Al bajar un bordillo, no ve que se aproxima un simón, pero el grito del cochero lo pone sobre aviso y se apresura a apartarse de la trayectoria del caballo.

Pasa rozando a un hombre que está de espaldas. Levanta la mano y le dice:

—Perdone usted.

El hombre, cordial, se encoge de hombros restándole importancia al incidente y sigue con la mirada a Tomás mientras éste se aleja.

Paso a paso, volviendo la cabeza a cada tanto para otear por encima del hombro y ver qué aguarda delante, así se abre camino hasta Lapa andando de espaldas.

«¿Para qué? ¿Por qué lo haces? ¿Por qué no puedes caminar como una persona normal? ¡Ya basta de disparates!», le ha gritado su tío en más de una ocasión. A modo de respuesta, Tomás ha logrado urdir buenos argumentos para defender su forma de andar. ¿Acaso no tiene más sentido encarar los elementos —el viento, la lluvia, el sol, los ataques de los insectos, el abatimiento de los desconocidos, la incertidumbre del futuro— con

el escudo que es la nuca propia, la espalda de la chaqueta, los fondillos del pantalón? Son nuestra protección, nuestra armadura. Están hechos para soportar los caprichos del destino. Por lo demás, cuando caminas de espaldas, las partes más delicadas —la cara, el pecho, los detalles atractivos de la vestimenta— quedan guarecidas del mundo cruel que tienen por delante y sólo las muestras cuando quieres y a quien quieres con un simple giro voluntario que disipa de golpe tu anonimato. Por no mencionar argumentos de carácter más atlético... ¿Qué hay más natural que bajar una cuesta de espaldas, sostiene? Los antepiés se apoyan con agilidad y delicadeza a partes iguales, lo que permite que los músculos de las pantorrillas calibren con mayor precisión la contracción y el estiramiento. Como consecuencia, el movimiento de bajada es elástico y no requiere esfuerzo. Y, en caso de tropezar, ¿qué puede haber más seguro que hacerlo de espaldas, con unas posaderas mullidas para amortiguar la caída? Siempre es mejor que doblarse la muñeca al trastabillar hacia delante. Además, tampoco se obstina en exceso: Tomás hace excepciones cuando, por ejemplo, tiene que subir alguna de las largas y sinuosas escaleras de Alfama o cuando va con prisa.

Su tío despacha todas estas justificaciones con un gesto de impaciencia. Martim Augusto Mendes Lobo es un hombre de éxito impaciente. Con todo, sabe bien por qué su sobrino camina de espaldas, pese a sus airados interrogatorios y las esquivas explicaciones de Tomás, que lo escuchó un día hablar con una de sus visitas. El mero hecho de que su tío bajara la voz hizo que aguzara el oído.

—...una escena de lo más ridícula —decía su tío a media voz—. Imagínese: tiene delante, o sea, detrás, una farola. Llamo a mi secretario, Benito, y nos quedamos mirando fascinados pero en silencio, nuestras mentes acuciadas por la misma pregunta: ¿cho-cará mi sobrino con la farola? Entonces aparece un transeúnte

por la otra punta de la calle. El hombre ve que Tomás avanza hacia él de espaldas. Por su forma de ladear la cabeza comprendemos que el curioso avance de mi sobrino ha llamado su atención. Y yo sé por experiencia que se producirá algún tipo de encuentro: ese hombre hará alguna observación, soltará alguna broma o, como mínimo, lanzará una mirada alucinada al verlo pasar. Como no podía ser de otra forma, pocos pasos antes de que Tomás llegue a la altura de la farola, el hombre acelera la marcha y lo detiene con una palmadita en el hombro. Mi sobrino se vuelve y Benito y yo no escuchamos lo que dicen, pero sí podemos ver los ademanes: el desconocido señala la farola y Tomás sonríe, asiente y se lleva una mano al pecho en señal de agradecimiento. El hombre sonrío a su vez. Se estrechan la mano. Se despiden con un gesto y se va cada uno por su lado, el hombre calle abajo y Tomás (que da media vuelta y sigue avanzando de espaldas), calle arriba. Después rodea la farola sin el menor problema.

» ¡Pero espere, que no queda ahí la cosa! A los pocos pasos, el otro vuelve la cabeza hacia Tomás y cuál no será su sorpresa al ver que sigue andando de espaldas. La preocupación se le dibuja en la cara (“¡ajo, puede tener un accidente si no se anda con cuidado!”), aunque también un asomo de vergüenza porque tiene a Tomás de frente y lo ha visto volverse para mirarlo y todo el mundo sabe que es de mala educación quedarse mirando, de modo que el hombre se apresura a girar la cabeza para volver a avanzar de cara, pero ya es demasiado tarde: ese hombre choca contra la siguiente farola. La golpea como el badajo la campana. Benito y yo entornamos los ojos como por instinto, casi en solidaridad. Tambaleándose, el hombre contrae el gesto y se lleva las manos a la cara y el pecho. Tomás corre a auxiliarlo... ¡y corre de frente! Y creería uno que su paso frontal será normal, pero nada más lejos de la realidad: sus andares carecen de vida, da zancadas grandes y largas, el torso avanzando en línea recta, con la fluidez de una correa mecánica.

»Se produce un nuevo intercambio de palabras entre ambos hombres; Tomás expresa gran preocupación, el hombre agita una mano como quitándole hierro al asunto, pero no aparta la otra de la cara. Mi sobrino recoge del suelo el sombrero del desconocido. Con un segundo apretón de manos y otra despedida muda, el pobre hombre se aleja dando tumbos. Tomás, Benito y yo nos quedamos viendo cómo se va. Hasta que el hombre no dobla la esquina, mi sobrino no reemprende la marcha con su característico paso hacia atrás, pero sin duda alguna el incidente lo ha desconcertado porque ahora sí choca de plano contra la farola que tan diestramente había esquivado apenas un minuto antes. Se da la vuelta para fulminarla con la mirada sin dejar de frotarse la nuca.

»Pero da igual, Fausto, él persiste. No importan los cabezazos que se dé, no importan las veces que caiga: él sigue andando de espaldas —Tomás oyó la risa de su pariente seguida por la del amigo Fausto, pero su tío continuó con ánimo más sombrío—. Todo empezó cuando su hijo, el pequeño Gaspar, murió de difteria. Tuvo al crío con una sirvienta mía, sin estar casados. Y ella murió de lo mismo. El destino quiso que mi hermano, Silvestro, cayese fulminado poco después, en pleno día, sin terminar la frase que estaba diciendo. Ya se había quedado huérfano de madre siendo pequeño. ¡Y va y pierde también a su padre! ¡Cómo se ha cebado con él la tragedia! Hay gente que no vuelve a reír, otros se refugian en la bebida... A mi sobrino le ha dado por andar de espaldas. Ya hace un año. ¿Cuánto puede durar este duelo estrafalario?

Lo que su tío no comprende es que, al caminar hacia atrás, de espaldas al mundo y a Dios, no está de duelo. Está oponiéndose. Porque, cuando te arrebatan todo lo que quieres en esta vida, ¿qué más puede uno hacer aparte de oponerse?

Da un rodeo. Deja atrás la Rua Nova de São Francisco y empieza a remontar la Rua do Sacramento. Ya casi ha llegado. Al

volver la cabeza para otear por encima del hombro —recuerda que hay una farola más adelante—, alza la vista hacia la parte trasera de la majestuosa residencia de su tío, con sus cornisas recargadas, sus molduras intrincadas y sus imponentes ventanales. Se siente observado y vislumbra entonces una silueta en la ventana esquinera de la segunda planta. Es la estancia que alberga el despacho, seguramente se trate de su tío Martim, de modo que vuelve de nuevo la cabeza y se esfuerza por andar con seguridad, cuidándose de sortear la farola. Sigue la tapia que rodea la propiedad de su tío hasta llegar a la verja de entrada. Se gira sobre los talones para llamar al timbre, pero deja la mano suspendida en el aire. La retira. Aunque sabe que su tío lo ha visto y está esperándolo, se demora. Saca entonces el viejo diario de cuero del bolsillo superior de la chaqueta, desenvuelve el paño de algodón, apoya la espalda contra la tapia y se escurre por ella hasta quedarse sentado en la acera. Mira la cubierta del libro.

*Vida escrita
e instrucciones para la ofrenda
del padre Ulises Manuel Rosario Pinto,
humilde siervo del Señor*

Tomás está más que familiarizado con el diario del padre Ulises, se sabe fragmentos enteros de memoria. Lo abre por una página al azar y lee:

Cuando se acercan a la isla para descargar su mercancía, los barcos negreros tienen muchas cuentas y limpiezas que hacer. Con el puerto ya a la vista, arrojan por la borda un cuerpo tras otro, a babor y estribor, algunos flácidos y maleables, otros gesticulando mínimamente. Son los muertos y los enfermos graves, desechados los primeros por no tener ya valor y los segundos por miedo a que la enfermedad que los aflige, sea cual sea, pueda propagarse y quitarle valor al resto. En ocasio-

nes, el viento trae a mis oídos los gritos de los esclavos moribundos cuando protestan por su expulsión del barco, así como el sonido de las salpicaduras de los cuerpos al impactar contra el agua. Van a desaparecer en el concurrido limbo que es el fondo de la Bahía de Ana Chaves.

La casa de su tío es también un limbo de vidas inacabadas, interrumpidas. Cierra los ojos. La soledad lo ronda como un perro husmeador. Lo cerca, insistente, y él intenta echarla pero ella se niega a dejarlo en paz.

Encontró el diario del padre Ulises a las pocas semanas de que su vida se malograra sin remedio. El hallazgo fue fruto de una casualidad derivada de su trabajo en el Museo Nacional de Arte Antiguo, donde es ayudante de conservación. El cardenal patriarca de Lisboa, José Sebastião de Almeida Neto, acababa de donar al museo objetos tanto religiosos como seculares cosechados durante siglos por todos los rincones del imperio portugués. En cuanto el cardenal Neto dio su permiso, Tomás fue por cuenta del museo a investigar en los archivos episcopales de la Rua Serpa Pinto, con la idea de establecer el origen exacto de esas hermosas piezas, la historia de cómo un altar, un cáliz, un crucifijo o un salterio, un cuadro o un libro, habían acabado en manos de la diócesis de Lisboa.

No se encontró con archivos precisamente ejemplares. Saltaba a la vista que los sucesivos secretarios de los distintos arzobispos de Lisboa no habían hecho excesivo hincapié en algo tan mundano como organizar miles de papeles y documentos. Fue en una de las repisas dedicadas al patriarcado del cardenal José Francisco de Mendonça Valdereis —patriarca de Lisboa entre 1788 y 1808—, en un cajón de sastre al que habían dado el desenfadado título de *Miudezas* (Menudencias), donde advirtió la presencia de aquel volumen cosido a mano y encuadernado en cuero marrón, el título manuscrito legible pese a las manchas de decoloración.

¿Qué vida era aquélla, qué ofrenda?, se había preguntado. ¿Qué eran esas instrucciones? ¿Quién sería aquel padre Ulisses? Cuando consiguió abrir el volumen, el lomo sonó a crujir de vértebras. La letra manuscrita explotó con una frescura pasmosa, la tinta negra en un fuerte contraste con el color marfil del papel. La bastardilla escrita con pluma de ave era de otra época. Los bordes de las páginas apenas estaban coloreados de amarillo sol, señal de que habían visto poca o ninguna luz desde que se escribieran. Dudaba de que el cardenal Valdereis hubiera llegado a leer el volumen; es más, la ausencia de notas adjuntas en la cubierta o el interior — ni un número de catálogo, ni una fecha ni un comentario del archivero — y de toda referencia al libro en el repertorio lo dejó con la viva impresión de que nadie lo había leído jamás.

Examinó la primera página y se encontró con una entrada precedida de un lugar y una fecha: «Luanda, 17 de septiembre de 1631». Volvió las hojas con cuidado. Las fechas fueron sucediéndose. El último año que aparecía, sin día ni mes, era 1635. Un diario, pues. Fue fijándose en las referencias geográficas dispersas aquí y allá: «las montañas de Bailundo», «las montañas de Pungo Ndongo», «la antigua ruta de Benguela»... denominaciones que parecían remitir a la Angola portuguesa. El 2 de junio de 1633 asoma un nuevo topónimo, el de São Tomé, la pequeña colonia insular situada en el Golfo de Guinea: «Esa mota de caspa caída de la cabeza de África, a largos días al norte por la húmeda costa de este continente hediondo». Su mirada recayó en una frase escrita unas semanas más tarde: «Isso é minha casa» (ésta es mi casa). Pero no aparecía una única vez, sino que las palabras ocupaban toda la página; una hoja rellena de la misma frase breve, en letra apretada y líneas que subían y bajaban como pequeñas olas: «Ésta es mi casa. Ésta es mi casa. Ésta es mi casa». Paraban entonces en seco y venía a sustituir las una prosa por lo general prolija, pero sólo para aparecer po-

cas páginas después, cubriendo media página: «Ésta es mi casa. Ésta es mi casa. Ésta es mi casa». Y, de nuevo, más adelante, otra página y cuarto: «Ésta es mi casa. Ésta es mi casa. Ésta es mi casa».

¿Qué quería decir? ¿Por qué esa repetición enloquecida? Acabó hallando una posible respuesta en una hoja donde aparecía la misma reiteración —casi dos páginas seguidas— con una única diferencia: un vertido final, indicio de que la frase llevaba una elipsis que el autor completaba en su cabeza: «Ésta es mi casa. Ésta es mi casa. Ésta es mi casa, donde el Señor me ha puesto hasta que me lleve a su seno». El padre Ulisses, parecía evidente, era presa de una aguda nostalgia.

Tomás encontró en otra página un dibujo peculiar: el esbozo de una cara. Salvo por los ojos apesadumbrados, dibujados con gran meticulosidad, los rasgos estaban bosquejados a mano alzada. Pasó varios minutos contemplándolo. Se zambulló en su tristeza. Y se le arremolinaron en la cabeza los recuerdos de la pérdida aún reciente de su hijo. Al salir ese día de los archivos, escondió el diario entre los papeles inocuos de su maletín. No se engañó sobre su propósito: no se trataba de un préstamo informal, aquello era un robo puro y duro. Después de doscientos cincuenta años ignorando el diario del padre Ulisses, los archivos episcopales de Lisboa no lo echarían de menos y, naturalmente, él quería tomarse su tiempo para estudiarlo debidamente.

En cuanto halló un hueco, empezó a leer y a transcribir el diario. Fue un proceso lento. La letra iba desde lo perfectamente legible hasta las marañas de tinta que lo obligaban a discernir que tal o cual garabato correspondía a tal sílaba, mientras que el pintarrajo de más allá representaba tal otra. Lo llamativo era que la escritura, medida al inicio, iba degenerando de manera manifiesta. Las páginas finales eran casi indescifrables, con puñados de palabras que se resistían a todos sus esfuerzos.

El relato del padre Ulisses sobre su estancia en Angola no pasaba de ser un informe diligente, pero de escaso interés. El religioso era un simple subalterno del obispo de Luanda, quien «pasaba los días en el muelle, sentado a la sombra, en su trono de mármol» mientras él se afanaba hasta sumirse en el más absoluto estupor, corriendo de aquí para allá para bautizar a una partida tras otra de esclavos. Pero en São Tomé se adueñó de él una fuerza desesperada. Empezó a trabajar en un objeto, la ofrenda catedralicia, cuya elaboración lo consumió mentalmente y le arrebató todas las energías. Mencionaba haber buscado la «madera más perfecta» y las «herramientas ideales» y rememoraba sus días de juventud como aprendiz en el taller de su tío. En un pasaje describe con detalle las capas de aceite que le da a la ofrenda para favorecer su conservación, «mis manos relucientes, artesanas de un amor devoto». Hacia el final del diario, Tomás se encontró con estas curiosas palabras, en las que ensalza la envergadura de su creación:

Brilla, chilla, ladra, gruñe. La viva imagen del hijo de Dios pegando un alarido y dando su último aliento en el momento en que el velo del templo se desgarrá de arriba abajo.* Está acabada.

¿De qué fue aprendiz el padre Ulisses y qué salía del taller de su tío? ¿Por qué le untaba aceite con las manos? ¿Qué era lo que brillaba, chillaba, ladraba y gruñía? Tomás no halló en el diario una respuesta clara, tan sólo pistas. ¿Cuándo había pegado un alarido el hijo de Dios y había exhalado su último aliento? En la Cruz. Tomás se preguntó entonces si el objeto en cuestión no sería un crucifijo. Era algún tipo de escultura, de eso no había duda, pero la cosa iba más allá. Según el relato del padre Ulis-

* Para la versión castellana de las citas o alusiones bíblicas hemos empleado la Biblia de Reina-Valera. *(Todas las notas son de la traductora.)*

ses, se trataba de una obra muy singular. La polilla de su alma aleteó y recordó entonces las últimas horas de Dora: postrada en cama, se aferraba con ambas manos a un crucifijo y, no importaba lo mucho que se contrajera y se retorciera, lo que chillara, que nunca lo soltaba. Se trataba de una imagen de latón barato, con apenas lustre, más bien pequeña, de las que se cuelgan en las paredes. Murió con ella asida contra el pecho en su cuartucho desangelado, con Tomás como único testigo, en una silla junto a la cama. Cuando llegó el fin, marcado por la dramática suspensión de sus sonoros estertores (al contrario que su hijo, que se había ido en un silencio absoluto, cual pétalo al caer de la flor), se sintió como un trozo de hielo arrastrado río abajo por la corriente.

Las horas que siguieron, entre que terminó la larga noche y fue haciéndose fuerte el nuevo día, a la espera del enterrador, que se empeñaba en no aparecer, salió corriendo y volvió una y otra vez al cuarto de Dora, de donde el horror lo sacaba a empujones y, al poco, una compulsión lo hacía regresar a rastras. «¿Cómo voy a sobrevivir sin ti?», le preguntó en cierto momento, desesperado. Su atención recayó entonces en el crucifijo. Hasta la fecha se había dejado llevar por el río de la religión, practicante por fuera y desafecto por dentro, pero en esos momentos comprendió que, en cuestión de fe, no existen los términos medios: se toma radicalmente en serio o radicalmente a la inversa. Se quedó mirando el crucifijo, debatiéndose entre la creencia absoluta y la incredulidad total. Antes de inclinarse hacia uno u otro lado, contempló la idea de quedarse el crucifijo como recuerdo. Sin embargo Dora —o más bien su cuerpo— no quiso soltarlo. Las manos y los brazos agarraban el objeto con una fuerza indoblegable, tanto que casi levantó el cuerpo de la cama al intentar arrancárselo de las manos. (Comparado con ella, Gaspar había sido tierno hasta en su muerte, como un gran muñeco de trapo.) Se rindió entre sollozos de rabia. Su cabeza tomó entonces

una decisión, formuló una amenaza incluso. Fulminó con la mirada el crucifijo y bufó: «¡Tú! ¡Tú! ¡Recibirás tu merecido. Espera y verás!».

El enterrador llegó por fin y se llevó a Dora y su dichoso crucifijo.

Si el objeto creado por el padre Ulises es lo que Tomás ha deducido por los garabatos desenfrenados del cura, tuvo que ser una obra asombrosa e insólita, una obra de lo más extraordinaria. Capaz de revolucionar toda la cristiandad. Y ayudarlo a él a materializar su amenaza. Pero ¿habrá sobrevivido? Ésa es la pregunta que atenaza a Tomás desde que terminara de leer el diario en su piso, después de sacarlo a hurtadillas de los archivos episcopales. Al fin y al cabo, podrían haberlo quemado o hecho trizas. Sin embargo, en la era preindustrial, cuando se elaboraban una a una y se distribuían lentamente, las cosas brillaban con un valor que más tarde sería apagado por el ascenso de la industria moderna. No se tiraba ni la ropa; a pesar de considerarlo un agitador judío de poca monta, varios soldados romanos se repartieron las escasas vestiduras de Cristo. Si la ropa corriente logra sobrevivir, se habría conservado una talla de gran tamaño, y más siendo de naturaleza religiosa.

¿Cómo averiguar su destino? Había dos posibilidades: podía haberse quedado en São Tomé o abandonado sus costas. Tomás dedujo que, al tratarse de una isla pobre totalmente consagrada al comercio, sin duda habría tenido que salir del archipiélago. Abrigaba la esperanza de que hubiera ido a parar a Portugal, la madre patria, pero bien podría haber acabado en uno de los numerosos puestos coloniales de la costa africana. En ambos casos, no obstante, tuvo que ser en barco.

Tras la muerte de sus seres queridos, Tomás pasó meses buscando pruebas de la existencia de aquella creación del padre Ulises. Fue al Archivo Nacional de la Torre do Tombo a indagar en los cuadernos de bitácora de los navíos portugueses que

habían viajado a la costa occidental de África en los años que siguieron a la muerte del padre Ulises. Partió de la hipótesis de que la talla había salido de São Tomé en un barco portugués. De haberlo hecho en uno extranjero, sólo Dios sabía dónde habría acabado.

Con todo, finalmente, fue a dar con el cuaderno de un tal capitán Rodolfo Pereira Pacheco, cuyo galeón zarpó de São Tomé el 14 de diciembre de 1637 alojando en su bodega, entre otros objetos, «una representación de Nuestro Señor en la Cruz, extraña y maravillosa». Se le aceleró el pulso: aquélla era la primera y la única mención a un objeto religioso vinculado con la colonia envilecida.

Junto a cada artículo listado en el cuaderno aparecía el lugar de desembarque. Muchas de las mercancías se descargaban en algún punto de las costas de los Esclavos o del Oro, donde se vendían o se intercambiaban por otras. Leyó la palabra escrita junto al crucifijo en el cuaderno del capitán Pacheco: «Lisboa». ¡Había llegado a la madre patria! Pegó un chillido de alegría poco propio de una sala de estudio del Archivo Nacional.

En su intento por averiguar dónde había acabado el crucifijo del padre Ulises tras su llegada a Lisboa, puso patas arriba la Torre do Tombo, pero la respuesta tardó un tiempo en revelársele, aunque no fue en el Archivo Nacional, sino de vuelta en los archivos episcopales, su punto de partida. La ironía fue más enojosa si cabe: la respuesta lo esperaba bajo la forma de dos cartas en la misma repisa de los archivos del cardenal Valdeais en que había encontrado el diario, justo donde estaba antes de que lo birlara. Si alguien se hubiera molestado en atar diario y cartas con un cordel, le habría ahorrado mucho trabajo.

La primera misiva era del obispo de Braganza, António Luís Cabral e Câmara, fechada el 8 de abril de 1804, en que le preguntaba al bueno del cardenal si por casualidad no tendría alguna ofrenda para una humilde parroquia de las Altas Monta-

ñas de Portugal que había sufrido recientemente un incendio y se había quedado sin presbiterio. Hablaba de «una bonita iglesia con solera», pero no mencionaba ni el nombre ni la ubicación. En su respuesta, de la que había una copia adjunta en la carta del obispo Câmara, el cardenal Valdereis aseguraba: «Tengo el placer de enviarle un objeto piadoso que lleva un tiempo en la diócesis de Lisboa, un retrato singular de nuestro Señor en la Cruz procedente de las colonias africanas». Al lado de un diario llegado de esas mismas colonias africanas, ¿acaso podría referirse a otra representación de Cristo que no fuera la del padre Ulisses? Resulta increíble que, pese a tenerlo ante sus ojos, el cardenal Valdereis no hubiera sido capaz de comprender su calado, pero el religioso no sabía... y, por tanto, no podía comprender.

Un cruce de correspondencia con la diócesis de Braganza reveló que no había constancia de que hubiera pasado por su sede ningún objeto africano durante el obispado de Câmara. Tomás no daba crédito: una creación que en su punto de origen había pasado por extraña y maravillosa, que después en Lisboa era única, se volvía trivial en tierra de provincianos. Eso o deliberadamente se había ignorado su naturaleza. No le quedó más remedio que adoptar otra estrategia. En teoría, el crucifijo había ido a parar a una iglesia presa de un incendio. Los registros mostraban que, entre 1793 —cuando Câmara fue elevado a obispo de Braganza— y 1804 —el año de la correspondencia con Valdereis—, había habido incendios de distinta gravedad en un buen puñado de iglesias de las Altas Montañas de Portugal, tales son los peligros de iluminar los templos con velas y antorchas y de quemar incienso en las fiestas mayores. Câmara había dicho que el crucifijo era para «una bonita iglesia con solera». ¿Qué iglesia podía ser digna de aquella descripción favorable? Tomás aventuró que una gótica o quizá incluso románica; una iglesia, en definitiva, construida como muy tarde en el siglo XV. El secretario de la diócesis de Braganza no demostró

ser un historiador eclesiástico muy ducho en historia. Gracias al empecinamiento de Tomás, se llegó a la estimación de que cinco de las iglesias arrasadas por incendios podían ser dignas merecedoras de los halagos del obispo Câmara, a saber, las iglesias, bastante distantes entre sí, de São Julião de Palácios, Santalha, Mofreita, Guadramil y Espinhosela.

Les escribió a los párrocos de las cinco. Las respuestas no fueron concluyentes: cada uno se deshacía en elogios hacia su iglesia, ensalzando su antigüedad y su belleza. Al parecer, había copias de la Basílica de San Pedro desperdigadas por todas las Altas Montañas de Portugal, pero nada de lo que decían arrojaba luz sobre la naturaleza del crucifijo que albergaba su iglesia. Todos y cada uno de ellos afirmaban que se trataba de una obra de fe conmovedora, pero ninguno sabía cuándo la había adquirido su iglesia o de dónde había salido. Tomás llegó a la irremediable conclusión de que tendría que ir en persona a comprobar por su cuenta que sus suposiciones sobre la verdadera naturaleza del crucifijo del padre Ulises no eran erradas. Que hubiera terminado en las Altas Montañas de Portugal —la remota región en el extremo más nororiental y aislado del país— era un contratiempo menor: más pronto que tarde, tendría el objeto ante sus ojos.

Lo sobresalta una voz.

—Buenos días, *senhor* Tomás. ¿Venía usted a vernos?

Es el viejo guardés, Afonso. Ha abierto la verja y está mirando a Tomás. ¿Cómo ha abierto con tanto sigilo?

—Sí, ya voy, Afonso.

—¿Se encuentra mal?

—Estoy bien.

Se incorpora como puede al tiempo que escamotea el libro de vuelta al bolsillo. El guardés tira del cordón de la campana. Los nervios de Tomás tintinean al compás. Tiene que entrar, no le queda otra. No es sólo el efecto que pueda tener en él la casa en

la que murieron Dora y Gaspar, sino el que ahora ejerce sobre él cualquier hogar. El amor es una casa con muchas habitaciones, ésta para alimentar el amor, ésa para recibirlo, aquélla para asearlo, una para vestirlo, otra para dejarlo descansar... y cada una puede ser al mismo tiempo el cuarto de reír o de escuchar, el cuarto de contar secretos o de enfurruñarse o pedir perdón o el cuarto de unirse en la intimidad, aparte, por supuesto, de las destinadas a los nuevos miembros del hogar. El amor es una casa por cuyas cañerías burbujan cada mañana nuevas emociones, donde los sumideros desaguan las disputas y las ventanas iluminadas se abren para dejar entrar el aire fresco de la buena voluntad renovada. El amor es una casa con unos pilares inquebrantables y un tejado indestructible. Él había tenido una igual hasta que la demolieron. No posee ya nada a lo que llamar «hogar» —su piso de Alfama parece una celda monacal de lo desangelado que está— y pisar uno le recuerda sin falta que está sin casa. Es consciente de que fue precisamente eso lo que de entrada lo atrajo del padre Ulisses: la nostalgia que comparten por el hogar perdido. Tomás rememora las palabras del cura al morir la mujer del gobernador de São Tomé, la única europea de la isla (la siguiente más cercana vivía en el Lagos de Benín, a casi ochocientos kilómetros de distancia por mar). El padre Ulisses no había llegado a conocerla, tan sólo la había visto en un par de ocasiones.

La muerte de un hombre blanco causa en esta isla hedionda un vacío mayor que en Lisboa. ¡Y no hablemos ya cuando se trata de una mujer! Su tránsito es un peso que cuesta sobrellevar. Temo que no vuelva a reconfortarme la visión de una de mis semejantes. Nunca más la belleza, la distinción, la gracia. No sé por cuánto más podré seguir así.

Tomás atraviesa la explanada empedrada detrás del guardés, que por respeto va un paso por delante. Él avanza del revés,

como tiene por costumbre, de manera que caminan espalda contra espalda en fila india. A los pies de la escalera de la entrada principal, Afonso se hace a un lado y se inclina ligeramente. Son pocos escalones que salvar, de modo que sube del revés. Antes incluso de llegar al umbral, la puerta se abre tras él y puede entrar en la casa de espaldas. Al atisbar por encima del hombro, ve a Damião, el mayordomo eterno de su tío, que lo conoce desde niño. Está esperándolo con los brazos abiertos y una sonrisa en la cara. Tomás pivota sobre sus talones para encararlo.

—Hola, Damião.

—*Menino* Tomás, ¡qué placer verlo! ¿Todo bien?

—Sí, gracias. ¿Cómo está la tía Gabriela?

—Radiante. Es el sol que nos ilumina a todos.

Y, hablando del sol, sus rayos se cuelan desde las altas ventanas y sacan brillo al botín de objetos del vestíbulo. Su tío ha hecho su enorme fortuna comerciando con mercancías africanas, concretamente marfil y maderas. Dos enormes colmillos de elefante adornan una pared y, entre ambos, un magnífico y rutilante retrato del rey Carlos I, el monarca pudo admirar aquella imagen suya cuando honró la casa con su presencia. El resto de las paredes están decoradas con pieles de cebra y león rematadas por cabezas animales: leones y cebras, pero también antílopes, hipopótamos, ñus, jirafas. Las pieles ponen asimismo la tapicería de sillas y sofás. Hay obras de artesanía africanas expuestas en hornacinas y repisas: collares, toscos bustos de madera, grisgrises, cuchillos y lanzas, tejidos de todos los colores, tambores, etcétera. Varios cuadros —paisajes, retratos de hacendados portugueses con sus criados nativos, pero también un gran mapa de África con las posesiones portuguesas bien destacadas— conforman la escena y evocan a algunos de los personajes. A la derecha, ingeniosamente dispuesto entre unos juncos espigados, el cuerpo disecado de un león acechante.

El vestíbulo es un pandemonio museístico, una diablura cultural en la que todo objeto ha sido arrancado del contexto que lo dota de sentido. Pero a Dora se le iluminaban los ojos al verlo, la fascinaba aquel cuerno de la abundancia colonial que la enorgullecía del imperio portugués. Tocaba todo lo que estaba al alcance de la mano, salvo el león.

— Me alegra saber que la tía sigue bien. ¿Está mi tío en su despacho? — pregunta Tomás.

— Está esperándolo en el patio. Si es tan amable de seguirme...

Da media vuelta y, tras atravesar el vestíbulo, sigue a Damião por un pasillo alfombrado con cuadros y vitrinas a ambos lados. Doblan luego por otro y el mayordomo abre una gran puerta vidriada y se echa a un lado. Tomás sale a un rellano semicircular y al instante oye la voz sonora y exuberante de su tío:

— ¡He aquí el rinoceronte ibérico, Tomás!

El sobrino otea por encima del hombro derecho y, acto seguido, salva los tres escalones que lo separan del amplio patio, llega corriendo a la altura de su tío y se gira en redondo. Se dan la mano.

— Tío Martim, me alegro de verlo. ¿Cómo está?

— ¿Cómo voy a estar? ¡Tengo el gran placer de ver a mi único sobrino! — Tomás se dispone a preguntar de nuevo por su esposa, pero su tío rechaza las cortesías sociales con un gesto desdeñoso—. Déjate, déjate. Bueno, ¿qué me dices del rinoceronte ibérico? — le pregunta señalando el animal—. ¡Es la joya de mi colección!

La fiera está plantada en medio del patio, bastante cerca del esbelto y espigado Sabio, su cuidador. Tomás lo contempla: a pesar de estar envuelto en una favorecedora gasa de luz lechosa y suave, a sus ojos, aquello es una monstruosidad disparatada.

— Es... espectacular... — contesta.

Pese a su aspecto poco agraciado, siempre ha lamentado la suerte que corrió el animal que en otros tiempos rondó por los

rincones más agrestes de su país. De hecho, ¿no habían sido las Altas Montañas de Portugal el último bastión del rinoceronte ibérico? Era curioso el dominio que había ejercido el animal sobre la imaginación portuguesa. Pero el progreso humano marcó su fin, podría decirse que se vio arrollado por la modernidad. Lo acosaron y le dieron caza hasta extinguirse y desaparecer, se burlaron de él como de una vieja idea... y todo para ser llorado en cuanto se hubo perdido para siempre. Ahora es carne de fado, un arquetipo de esa forma de melancolía tan portuguesa que es la *saudade*. Es más, sólo con pensar en aquella criatura extinguida hace tanto tiempo lo asalta la *saudade*. Como dice la expresión, se siente «tão docemente triste quanto um rinoceronte», tan tiernamente triste como un rinoceronte.

A su tío lo complace su respuesta. Tomás, en cambio, lo observa con cierto grado de aprensión. Sobre una recia osamenta, el hermano de su padre ha acolchado su cuerpo con riqueza, una capa de corpulencia que lleva con orgullo jocosos. Vive en el lujo de Lapa dilapidando sumas ingentes en cada nueva fruslería. Hace unos años le dio por la bicicleta, un medio de locomoción de dos ruedas propulsado por las piernas de quien lo monta. En las cuestas adoquinadas de Lisboa, la bicicleta no sólo resulta incómoda, sino que constituye un peligro. Únicamente es segura en los senderos de los parques, un divertimento de domingo en el que el ciclista da vueltas y más vueltas en círculo, molestando a los viandantes y asustando a niños y perros por igual. Su tío tiene un establo lleno de bicicletas francesas de la marca Peugeot. Después de aquello, ha ido procurándose bicicletas «motorizadas», que alcanzan más velocidad incluso que las de pedal y hacen infinitamente más ruido. Y ahora tienen ante ellos un ejemplar de la última de sus costosas curiosidades, una adquisición muy reciente.

—Pero, tío, yo sólo veo un automóvil —apunta con cautela.

—¡«Sólo», dice! Has de saber que este prodigio de la técnica supone la resurrección del espíritu eterno de nuestra nación —y coloca un pie en el estribo del automóvil, una estrecha plataforma que lo bordea desde las ruedas delanteras a las traseras—. He dudado. ¿Cuál debía prestarte? ¿El Darracq, el De Dion-Bouton, el Unic, el Peugeot, el Daimler o incluso mi American Oldsmobile? No ha sido una elección fácil. Al final, al ser mi sobrino querido, en memoria de mi hermano, al que tanto añoro, me he decidido por el campeón de mi equipo. Se trata de un flamante Renault de cuatro cilindros, una obra de arte de la ingeniería. ¡Míralo! Una creación que no sólo brilla con el poder de la lógica, sino que canta con la magia de la poesía. ¡Librémonos del animal que mancilla nuestra ciudad! El automóvil no necesita dormir... ¿Puede superar eso un caballo? Y tampoco es comparable su potencia de arranque. Se calcula que este Renault tiene un motor de unos catorce caballos de vapor, pero se me antoja una estimación demasiado prudente, conservadora. Veo más probable que tenga una propulsión de unos veinte. Y los caballos de fuerza mecánicos son mucho más potentes que los animales, de modo que hazte a la idea de una diligencia tirada por ¡treinta caballos! ¿Te los imaginas, los treinta caballos en dos filas, estampando los cascos y mascando freno? Pues bien, no tienes ni que imaginártelos: los tienes delante de tus ojos. Esos treinta caballos están comprimidos en la caja metálica que va encajada entre las ruedas delanteras. ¡Qué rendimiento! ¡Y un consumo bajísimo! Nuestro viejo amigo el fuego nunca ha servido a un ingenio más excepcional. ¿Y dónde quedan en el automóvil los desechos que tanto ofenden a la vista en los caballos? ¡No hay, tan sólo suelta bocanadas de humo que se lleva el viento! Un automóvil es más inofensivo que un cigarrillo. Recuerda estas palabras, Tomás: ¡este siglo se recordará como el siglo de las bocanadas de humo!

Su tío está radiante, rebosante de orgullo y felicidad ante su baratija gala. Tomás no abre la boca. No comparte el encaprichamiento de su tío por los automóviles. En los últimos tiempos esos artefactos tan de moda se han abierto camino por las calles de Lisboa. Entre el bullicioso tráfico animal de la capital —en comparación, no tan ruidoso—, los automóviles rugen a su paso como enormes insectos zumbones, un incordio molesto al oído, doloroso a la vista y maloliente al olfato. No les ve el encanto. Ese ejemplar burdeos de su tío no es ninguna excepción. Carece de elegancia y simetría: la cabina tiene unas proporciones absurdas en comparación con el escuchimizado establo de proa donde se hacían los treinta caballos. Y todo ese metal... reluciente y rígido... poco humano, a su entender.

De buen grado se dejaría llevar por una bestia de carga convencional hasta las Altas Montañas de Portugal, pero viaja en Navidades, juntando las vacaciones que le deben con los pocos días que ha podido mendigar, prácticamente de rodillas, al director de conservación del museo. Tiene en total diez días para completar su misión. La distancia es demasiada; el tiempo, demasiado limitado. Nunca lo conseguiría con un animal, de ahí que haya tenido que recurrir al antiestético invento que tan amablemente le ofreció su tío.

Tras un repiqueteo de puertas, Damião entra en el patio llevando una bandeja con café y hojaldradas de higo. De la nada aparece también un pie para la bandeja y dos sillas y ambos toman asiento. Se sirve la leche caliente y se reparten las cucharadas de azúcar. El momento llama a la charla ligera, pero Tomás no se anda con rodeos:

—¿Y cómo funciona, tío?

Si lo pregunta es porque se niega a contemplar lo que hay al otro lado del automóvil, bordeando la tapia de la propiedad de su tío y el camino que conduce a las dependencias de los criados: la hilera de naranjos. Allí era donde su hijo solía esperarlo,

escondido tras un tronco de poco grosor. Pegaba un chillido y salía corriendo en cuanto la mirada de su padre recaía en él. Tomás seguía entonces al payasete y hacía como si sus tíos, en ese juego uno de sus múltiples espías, no estuvieran viéndolo por aquel camino, del mismo modo que los criados fingían no verlo entrar en sus dependencias. Sí, mejor hablar de automóviles que mirar esos naranjos.

—Hombre, ¡qué bien que lo preguntes! Déjame que te enseñe las maravillas del interior —responde su tío levantándose ya de un brinco.

Tomás lo sigue hasta la parte frontal del automóvil y lo ve desenganchar el pequeño capó metálico y redondeado y plegarlo hacia delante por las bisagras. A la vista quedan marañas de tubos y protuberancias bulbosas de reluciente metal.

—¡Admira esto! —lo anima su tío—: Un motor de cuatro cilindros en línea con una capacidad de tres coma cincuenta y cuatro centímetros cúbicos. ¡Belleza y proeza, todo en uno! Fíjate en cómo se ordena el progreso: motor, radiador, embrague de fricción, caja de cambios de piñones desplazables, transmisión al eje trasero... El futuro ha de materializarse con esta alineación. Pero déjame que antes de nada te explique las maravillas del motor de combustión interna —y va indicando con un dedo decidido a poner de manifiesto la magia que tiene lugar entre las opacas paredes del motor—. El carburador insufla por aquí el vapor de la motonafta hasta las cámaras de explosión. La magneto hace saltar la chispa de las bujías y así el vapor se inflama y explosiona, lo que empuja los pistones, esto de aquí, hacia abajo y...

Tomás no entiende una palabra. Mira con cara de tonto. Al final de sus triunfales explicaciones, su tío se adelanta para coger un grueso librito que hay en el asiento del compartimento del conductor. Lo pone en la mano de su sobrino.

—Esto es el manual del automóvil. Te aclarará todo lo que no hayas entendido.

Tomás lo hojea.

—Está en francés, tío.

—Sí. Los *frères* Renault son franceses.

—Pero...

—He incluido un diccionario francés-portugués en el equipo. Tienes que ser muy cuidadoso y lubricar el automóvil como es debido.

—¿Lubricar? —Su tío bien podría estar hablando en francés.

Lobo ignora la cara de perplejidad de su sobrino.

—No me digas que no son una belleza los guardabarros. ¿Sabes de qué están hechos? —pregunta dándole una palmada a uno—. ¡De oreja de elefante! Los encargué como recuerdo de Angola. Y lo mismo con las paredes exteriores de la cabina: piel de elefante del grano más fino.

—¿Qué es esto? —quiere saber Tomás.

—La bocina. Para avisar, alertar, recordar, urgir, protestar.

Su tío aprieta la gran pera de goma que hay fijada en un extremo del automóvil, a la izquierda de la rueda del volante. Un graznido como de tuba surge con un vibrato de la trompetilla acoplada a la pera. Es rotundo y llama la atención. Tomás se imagina a un jinete cabalgando con un ganso bajo el brazo a modo de gaita, estrujando el ave cada vez que se avecina un peligro y no puede reprimir una medio tos medio risa.

—¿Puedo probarla?

Aprieta varias veces la pera y ríe a cada bocinazo. Al ver que su pariente no parece tan divertido, lo deja estar y se esfuerza por prestar atención a la nueva tanda de jeringonza automovilística. Lo de su tío es más veneración que aclaración. Si aquel maloliente juguete metálico pudiera exteriorizar algún sentimiento, seguramente se le subirían los colores abochornado.

Llegan a la rueda de dirección o volante, un círculo perfecto del tamaño de un plato plano de los grandes. Lobo alarga de

nuevo el brazo hacia el compartimento del conductor y lo agarra con una mano.

—Para doblar el vehículo a la izquierda, giras el volante a la izquierda. Para doblarlo a la derecha, lo giras a la derecha. Para ir recto, mantienes el volante recto. Una lógica aplastante.

Tomás se acerca para ver mejor.

—¿Y cómo puede decirse que una rueda fija dobla a la izquierda o a la derecha? —pregunta.

El tío escruta la cara del sobrino.

—No sé si comprendo bien qué es lo que no se comprende. ¿Ves la parte de arriba del volante, donde tengo la mano? La ves, ¿verdad? Bien, pues imagínate un punto, un puntito blanco. Entonces, si lo doblas hacia aquí... —gira el volante—. ¿Ves que el puntito blanco se va a la izquierda? ¿Lo ves? Eso hará que el automóvil doble a la izquierda. ¿Y ves que si doblo el volante hacia este otro lado... —vuelve a girarlo—. Entonces el puntito blanco se mueve a la derecha y, en ese caso, el automóvil doblará a la derecha. ¿Entiendes ya la cuestión?

A Tomás se le oscurece el gesto y dice protestando:

—¡Pero mira la parte de abajo del volante! —la señala con un dedo—. Si hubiera un puntito blanco allí, se movería en el sentido contrario. Como tú dices, estarías moviendo el volante a la derecha por arriba, pero por abajo estarías doblándolo a la izquierda. ¿Y los laterales? Si lo mueves a derecha e izquierda, también estás subiendo un lado y bajando otro, de modo que, en ambos casos, da igual la dirección en que gires el volante, tú estarás doblándolo a la vez a la derecha y a la izquierda, arriba y abajo. Lo que dices de girar el volante en un sentido concreto me suena más a una paradoja digna del filósofo griego Zenón de Elea.

Lobo mira consternado el volante, la parte superior, la inferior, los laterales. Respira lenta, profundamente.

—En cualquier caso, Tomás, tienes que conducir este automóvil tal y como se diseñó. Límitate a mantener la vista en la

parte superior del volante e ignora el resto de los lados. ¿Seguimos entonces? Hay otros detalles en los que debemos detenernos, la operación de embrague y el uso de la palanca de cambios, por ejemplo...

Va acompañando la conversación con gestos de manos y pies, pero ni las palabras ni la mímica combustionan comprensión alguna en Tomás. Por ejemplo, ¿qué es eso de la fuerza de torque? ¿No tuvo bastante la Península Ibérica con Torquemada, el inquisidor general? ¿Y qué persona en su sano juicio entendería lo de «doble desembrague»?

—Te he procurado algunos pertrechos que pueden serte de utilidad.

El tío abre la puertecita de la cabina, en la parte posterior de ésta. Tomás se adelanta para ver el interior, casi en penumbra. Repasa con la mirada los elementos del habitáculo: son los elementos propios de un espacio doméstico, con un sofá negro del mejor cuero y las paredes y el techo de tablillas de cedro pulidas; las ventanas delanteras y laterales parecen de una mansión elegante orgullosa de sus cristales claros de calidad y sus relucientes bastidores metálicos. Y la ventana trasera que hay encima del sofá está tan bien enmarcada que parece un cuadro colgado de una pared. ¡Pero a qué escala! El techo es bajísimo, en el sofá no podrían acomodarse a gusto más de dos personas, el tamaño de las ventanas laterales sólo permite mirar por ellas a una persona a la vez y, en cuanto a la trasera, si fuera un cuadro, sería una miniatura. Y ya entrar en ese espacio confinado requiere agacharse para pasar por la puerta. ¿Qué ha sido de la opulenta abertura de los carruajes de caballos? Tomás retrocede y se queda mirando una de las ventanas laterales, que bien podría ser de un aseo. ¿Y no ha dicho algo su tío de un fuego en el motor? Siente que se hunde por dentro. Ese diminuto habitáculo sobre ruedas, con remedos de salón, aseo y chimenea, es una patética admisión de que la vida humana no es más que

eso: un intento por sentirnos en casa mientras corremos cuesta abajo y sin frenos hacia el olvido.

Se fija asimismo en la cantidad de cosas que hay en la cabina. Ahí está su maleta, con artículos de necesidad personal y, lo más importante, el baúl de los papeles, con toda clase de elementos esenciales: su correspondencia con el secretario del obispo de Braganza y con los curas de varias parroquias de las Altas Montañas de Portugal; la transcripción del diario del padre Ulisses; recortes de periódicos que encontró en los archivos sobre incendios acaecidos en iglesias de la región; extractos del cuaderno de bitácora de un navío portugués que regresó a Lisboa a mediados del siglo XVII, así como varias monografías sobre la historia arquitectónica del norte de Portugal, y, por lo general, cuando no lo lleva en el bolsillo —una locura, se recuerda—, el baúl guarda y protege el propio diario del padre Ulisses. Pero la maleta y el baúl están rodeados de garrafas, cajas, latas y bolsas. La cabina es una cueva del tesoro que haría las delicias de los Cuarenta Ladrones.

—¡Alí Babá, tío Martim! ¿Tantas cosas para qué? ¡No voy a cruzar África! Sólo voy a las Altas Montañas de Portugal, a pocos días de distancia.

—Vas más lejos de lo que crees. Te adentrarás en tierras donde jamás han visto un automóvil. Tienes que ser autónomo. Por eso he incluido una buena carpa de lona impermeable y unas mantas, aunque creo que harías mejor en dormir en la cabina. En esa caja de ahí están todas las herramientas automovilísticas que necesitas. Lo de al lado es la alcuza del aceite. Aquella garrafa metálica, la de veinte litros, está llena de agua para el radiador, y esta otra, de motonafta, el elixir de la vida para los automóviles. Aprovechate siempre que puedas porque puede llegar el momento en que dependas de tus propias reservas. Ve buscando boticas por el camino, tiendas de bicicletas, herrerías, ferreterías... Seguramente tengan motonafta, pero quizá la

llamen de otra forma: bencina de petróleo, esencia mineral o cosas por el estilo. Huélela antes de comprarla. También te he provisionado de víveres. Un conductor bien alimentado vale por dos. Por cierto, a ver si te caben.

Su tío extrae unos guantes de cuero claro de la bolsa que hay en el suelo de la cabina. Tomás se los prueba, desconcertado. Le quedan bien. El cuero tiene un agradable tacto elástico y rechina al cerrar el puño.

—Gracias —dice sin tenerlas todas consigo.

—Cuídalos, son también franceses.

Lo siguiente que le tiende su tío son unas gafas tan grandes como horrendas. Tomás apenas se las ha puesto cuando su tío saca un abrigo beis forrado de piel que le llega bastante por debajo de las rodillas.

—Algodón encerado y visón. De la mejor calidad.

Tomás se lo pone. Es pesado y voluminoso. Su tío le da por último un gorro con unas tiras que se atan por la barbilla. Enguantado, gafeado, abrigado y tocado, se siente como una seta gigante.

—Pero, tío, ¿para qué es todo este disfraz?

—Para pilotar, claro está. Para el viento y el polvo, la lluvia, el frío. Es diciembre. ¿Acaso no te has fijado en el compartimento delantero?

Lo mira. A su tío no le falta razón. La parte trasera del automóvil consiste en un cubículo cerrado para los pasajeros, pero, salvo por el techo y la ventanilla delantera, el compartimento del conductor, en cambio, está expuesto a los elementos. No tiene ni puertas ni ventanas laterales. El viento, el polvo y la lluvia no tendrán problema en entrar. Refunfuña para sus adentros: si su tío no hubiera llenado de trastos la cabina, dejándola sin espacio para sentarse, podría guarecerse allí mientras Sabio maneja la máquina.

Su tío sigue a lo suyo.

—He incluido los mejores mapas. Cuando no te sean de utilidad, confía en la brújula. Vas en dirección norte-noreste. Las carreteras de Portugal son de ínfima calidad, pero el vehículo tiene un buen sistema de suspensión por ballestas. No hay bache que se les resista. Si la carretera te hace perder los nervios, bebe mucho vino. Hay dos botas en la cabina. Evita las posadas de los caminos y las diligencias: no son tus amigas. Y es comprensible, cabe esperar cierto grado de hostilidad por parte de quienes ven su sustento directamente amenazado por el automóvil. Y nada, con el resto de provisiones, no tendrás problema en deducir lo que son. Deberíamos ir poniéndonos en marcha. ¿Todo listo, Sabio?

—Sí, *senhor* —contesta con presteza militar.

—Dejad que vaya a por mi chaqueta. Yo te acerco hasta las afueras de Lisboa, Tomás.

Dicho esto, regresa a la casa mientras Tomás se despoja del ridículo disfraz de motorista y lo guarda en la cabina. Su tío vuelve a paso enérgico al patio, con una chaqueta sobre los hombros, las manos enguantadas y las mejillas coloradas de la emoción, exudando tanta jovialidad que casi da miedo.

—Por cierto, Tomás —aúlla—, no te lo he preguntado: ¿a qué vienen esas ganas horribles de ir a las Altas Montañas de Portugal?

—Estoy buscando algo.

—¿El qué?

Tomás vacila.

—Está en una iglesia —dice por fin—, pero no estoy seguro de en cuál, ni de qué pueblo.

Plantado a su lado, Lobo lo escruta con la mirada. Tomás se pregunta si debería añadir algo más; su tío siempre mira con esos mismos ojos vidriosos los objetos expuestos cuando visita el Museo de Arte Antiguo.

—¿Ha oído hablar de Charles Darwin, tío?

—Sí, he oído hablar de Darwin. ¿Qué pasa, que está enterrado en una iglesia de las Altas Montañas de Portugal? —suelta una carcajada—. ¿Quieres exhumar su cuerpo y colocarlo en un lugar de honor en el Museo de Arte Antiguo?

—No. Mientras trabajaba di por casualidad con un diario escrito en São Tomé, en el Golfo de Guinea. La isla ha sido colonia portuguesa desde finales del siglo xv.

—Una bastante pobre. Una vez hice escala de camino a Angola. Pensé en invertir en unas plantaciones de cacao en la isla.

—Fue un enclave importante en la época del comercio de esclavos.

—Pues ahora se dedican a producir chocolate del malo, pero las plantaciones son bonitas, eso sí.

—No lo dudo. Mediante un proceso de deducción a partir de tres elementos dispares, el diario que acabo de mencionar, el cuaderno de bitácora de un barco que regresó a Lisboa y un incendio en la iglesia de una aldea de las Altas Montañas de Portugal, he descubierto la existencia de un tesoro insospechado y he localizado su paradero aproximado. Estoy a las puertas de un gran hallazgo.

—¿De veras? ¿Y qué tesoro es ése exactamente, si puede saberse? —pregunta su tío sin apartar los ojos de Tomás, enormemente tentado.

En todos estos meses no le ha contado su descubrimiento —ni tan siquiera sus pesquisas— a nadie, y menos aún a sus compañeros de trabajo. Lo ha hecho todo en su tiempo libre, en la intimidad. Pero los secretos piden a gritos ser divulgados. Y es cuestión de días que encuentre el objeto, de modo que ¿por qué no contárselo a su tío?

—Es... una talla religiosa, un crucifijo, creo —responde.

—Justo lo que necesita este país católico.

—No, no lo entiende. Se trata de un ejemplar único. Un crucifijo prodigioso.

—Vaya... ¿Y qué tiene eso que ver con Darwin?

—Ya lo verá —responde Tomás, que se sonroja por el fervor—. Este Cristo en la Cruz tiene algo importante que decir. De eso sí que estoy seguro.

Su tío espera más pero más no hay.

—Bueno, espero que halles fortuna con él. Andando —dice, y se monta en el asiento del conductor—. Déjame que te enseñe a arrancar el motor —da una palmada y ruge—: ¡Sabio!

El criado se adelanta con la mirada clavada en el automóvil y las manos preparadas para entrar en acción.

—Antes de arrancar el motor, hay que girar la llave de la motonafta para abrir el depósito... ¡Bien hecho, Sabio! Y poner primero el manubrio del gas, aquí debajo del volante, a la mitad de admisión, así, y, segundo, la palanca de cambios en punto muerto... Mira. Después tienes que girar la llave de la magneto, que está en el salpicadero. Lo siguiente es abrir la tapa del capó... No hace falta abrirlo entero, ¿ves esa tapa pequeña en la parte delantera? Y empujar un par de veces el flotador del carburador para que se hunda. Fíjate en cómo lo hace Sabio. Luego cierras la tapa y ya lo único que falta es accionar la manivela de arranque. Te acomodas entonces en el asiento del conductor, quitas el freno de mano, pones la primera marcha... y listo para partir. Un juego de niños. ¿Preparado, Sabio?

El criado se cuadra frente al motor con las piernas separadas y los pies bien plantados en el suelo. Se inclina y agarra con fuerza la manivela de arranque, una vara fina que sobresale de la parte frontal del automóvil. Brazos rectos y espalda recta e, incorporándose al hacerlo, tira de la manivela hacia arriba con toda su fuerza y, luego, una vez que la manivela ha dado media vuelta, la empuja hacia abajo aplicando todo el peso de su cuerpo antes de repetir el giro hacia arriba. Sabio ejecuta esta maniobra circular con una energía prodigiosa, tanto que no sólo se estremece el automóvil entero, sino que también la manivela da

dos o incluso tres vueltas. Tomás está a punto de comentar la proeza de Sabio pero lo interrumpe el resultado de esos giros de manivela: el automóvil cobra vida con un rugido. Desde lo más hondo de sus entrañas, emite primero un petardeo al que sigue una sucesión de explosiones ensordecedoras. Cuando comienzan los tembleques, su tío grita:

—Venga, arriba. ¡Voy a enseñarte lo que puede hacer este invento extraordinario!

Aunque a regañadientes, Tomás trepa a toda prisa y se sienta al lado de su tío en el sillón acolchado que ocupa de punta a punta el compartimento del conductor. Su tío hace una maniobra de manos y pies, tirando de acá y pisando allá mientras Tomás ve a Sabio montarse a lomos de una motocicleta que hay junto a una pared y arrancar con el pie. Será bueno contar con un hombre así.

Y, entonces, sacudida mediante, ¡la máquina se mueve!

En unos segundos cobra velocidad por el patio y vira bruscamente para atravesar las verjas abiertas de la residencia de los Lobo, que dan a la Rua do Pau de Bandeira, donde traza una curva cerrada a la derecha. Tomás se desliza por el suave cuero del asiento y choca con su tío.

No puede creer el terremoto quebrantahuesos y rompecabezas que está experimentando, claramente vinculado con el ruido que hace, pues un temblor así sólo puede provocarlo semejante estruendo. Va a despedazarse en una de sus sacudidas. Comprende que no ha entendido bien el sentido de las ballestas de la suspensión que ha mencionado su tío: es evidente que su propósito no es proteger al automóvil de los baches, sino todo lo contrario.

Más perturbador si cabe es el movimiento hacia delante del aparato, de una velocidad y una autonomía desmedidas. Saca la cabeza por el lateral y echa un último vistazo atrás, con la idea —y la esperanza— de ver a toda la casa de los Lobo, miembros

de la familia y empleados, empujando la máquina y riendo por la broma que están gastándole. (¡Y ojalá Dora estuviera también entre ellos!) Pero nadie empuja nada. Se le antoja irreal que no haya animal alguno tirando o empujando el aparato. Aquello es un efecto sin causa y, en consecuencia, inquietante por lo que supone de antinatural.

¡Ah, las cumbres alpinas de Lapa! El automóvil —que tose, petardea, traquetea, repiquetea, zangolotea, brinca, bufa, rebu-fa, gime, ruge— baja como una exhalación hasta el fondo de la Rua do Pau de Bandeira, el adoquinado haciéndose notar con un tacatá continuo y explosivo hasta que pega una sacudida al doblar a la izquierda y precipitarse por la Rua do Prior como por un acantilado, así de empinada es la calle. Tomás siente que un remolino le succiona las tripas. El automóvil llega al final de la calle y el achatamiento lo manda contra el suelo. La máquina apenas ha logrado estabilizarse —y él apenas ha logrado recobrar su lugar, que no la compostura— cuando acomete ya el tramo ascendente que une la Rua Do Prior con la Rua da Santa Trindade, que baja a su vez en picado. El automóvil ejecuta una alegre danza sobre las mandíbulas metálicas del carril del tranvía que lo desliza de un lado a otro del asiento y, cuando no choca con su tío —quien no parece acusar el golpe—, está a poco de salir disparado por el otro extremo. Ve que la gente los mira con cara de pocos amigos al pasar volando por delante de sus balcones.

Doblan a la derecha por la Rua de São João da Mata con una convicción feroz y se lanzan calle abajo. Tomás se ve cegado por el sol de cara pero su tío no parece inmutarse. El automóvil atraviesa a brincos la Rua de Santos-o-Velho y toma como un rayo la curva en cuesta de la Calçada Ribeiro Santos. Al llegar al Largo de Santos, mira con envidia —y velocidad— a los paseantes que se recrean en las sosegadas actividades de aquel apacible parque. Su tío lo rodea con el automóvil hasta que, con un violento viraje a la izquierda, se abalanza sobre la amplia Aveni-